

MONTEVERDI, EL NEOPUEBLÓ

En lo alto de una colina del Val d'Orcia está uno de esos lugares que cuesta compartir: Se llama Monteverdi, y es un cruce de hotel, proyecto cultural y ecoaldea. Es la fantasía hecha realidad de un abogado norteamericano, Michael Cioffi, y el refugio de muchos 'happy few', esos que ya lo han visto todo

TEXTO ANABEL VÁZQUEZ



El interiorismo del hotel y las villas corren a cargo de Ilaria Miani. Este es un proyecto 100 % italiano. En Castiglioncello no hay ni una sola tienda. Si hay wifi y un buen programa cultural de marzo a octubre

A MONTEVERDI no llega nadie por casualidad. Hay que aterrizar en Roma o Florencia, conducir durante casi dos horas, desviarse por pueblos toscanos que no son los conocidos y subir una colina flanqueada por árboles. Un monte rodeado de verde. Allí aparece Monteverdi. O Castiglioncello del Trínoro. O ambos.

Castiglioncello es una aldea toscana medieval. Monteverdi es un hotel que se funde con ella. Tampoco es, con precisión, un hotel, aunque se le conozca así. Es un proyecto global que abarca doce habitaciones, tres villas para alquilar, gastronomía, arqueología, bienestar, arte y música. El autor (este es un proyecto de autor) de Monte-

verdi es Michael Cioffi. Este abogado de Ohio llegó al lugar hace un par de décadas y supo ver que esa era la Toscana en la que había que estar y donde muchos querían estar. Comenzó a restaurar casas con calma, a interesarse por el pasado y a investigar para recuperarlo; veinte años después sigue haciéndolo. Continúa rehabilitando y alimentando sus proyectos culturales: el Maria Mazzone Center for the Arts & Humanities y la Academia Monteverdi. El entorno inspira. El Val d'Orcia, patrimonio de la Unesco, concentra naturaleza, restos arqueológicos y una enorme tradición artística. Es como estar dentro de un paisaje renacentista.

Monteverdi tiene forma de lo que los italianos llaman *albergo diffuso*, un concepto de alojamiento que surgió en los ochenta. Son hoteles que se funden con el pueblo, que borran las fronteras entre ambos. Este es un ejemplo (muy sofisticado) de ello. En una de las primeras casas que se ven al llegar, se encuentra la recepción, que parece una casa más. Tras unos metros se descubre una enoteca donde se sirven vinos locales y una *cinta senese* memorable. Enfrente está la iglesia y, a pocos metros, la galería de arte, que funciona como sala de yoga. Más adelante se halla el restaurante gastronómico y, en medio de todo esto, salpicadas, las habitaciones y las villas. No hay apenas señales. Al

llegar se recibe la llave y se toma posesión de la villa o la habitación. Los límites entre los escasos vecinos del pueblo (*viven doce*) y los huéspedes son también difusos. La recepcionista del hotel, que curiosamente es catalana y casi vecina porque lleva años viviendo en Sarteano, el pueblo de al lado, afirma: "Aquí entregamos la llave y no sabemos cuándo entran ni cuándo salen. Hay total privacidad. Es como vivir en el pueblo".

Esa discreción es la que ha traído a este sitio tan singular a gente como la familia Bulgari, Edward Norton o Wes Anderson. Es un lugar pensado para personas que han viajado mucho y buscan el llamado *poslujo*: habitaciones donde la televisión no importa,

pero sí que las comidas se aromaticen con el romero que hay en la puerta del restaurante y que la cosmética de su habitación sea orgánica. Un momento: esa es la palabra mágica. En Monteverdi podemos añadir el prefijo *eco* a casi todo, pues sigue estándares ecológicos y de sostenibilidad estrictos: personal y proveedores locales, materiales de la zona como piedra, madera, lino...; hasta las *toilettries* de La Saponaria son de un pueblo cercano.

Esto se lleva al extremo en la comida, que es todo lo excelente que se espera de Italia y de una chef como Giancarla Bodoni. Ella está a cargo del restaurante Oreade y de L'Enoteca, en los que cultiva las filosofías del *raw food* o del *farm to table*. El *spa*, abierto la temporada

pasada y un gran reclamo, también cumple estas reglas. Sus tratamientos se realizan con Santa Maria Novella, farmacia florentina fundada en 1221 y a la que consideran, con seguridad, la más antigua del mundo. Se usan ingredientes de la zona, como la lavanda, el limón, la equinácea o el vino.

Este es un lugar para afinar la mirada y dejarse llevar por este tipo de detalles. También para venir sin prisa y sin miedo a convivir con uno mismo. Aquí hay silencio y los ritmos los marca la naturaleza. En Monteverdi (monteverdituscany.com) importan la suavidad de las sábanas y la posibilidad de tomar una clase de yoga al amanecer saludando al sol y al horizonte. ■